

FRANCO, ESCRITOR

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA

Coronel del Servicio Histórico Militar

Su formación literaria

Habrá que estudiar la formación cultural y literaria de Franco, así como sus lecturas, de lo que hubiera querido conseguir más datos. Los que he recopilado sólo proporcionan una aproximación, apenas incentivo de más profundo estudio. Sus condiscípulos del Ferrol recordaban que en el colegio le apasionó la historia. Siendo comandante en Oviedo (1916-1920) estudió intensamente, prefiriendo sobre todo la historia, la sociología y la política. Arrarás sabía que se sintió atraído por las obras sobre Napoleón. Coles añade que durante la guerra de Liberación se buscó para él en zona roja un ejemplar de *El Príncipe*, de Maquiavelo, comentado por Bonaparte, anécdota dudosa en su forma folletinesca y verosímil en su esencia cultural. Crozier nos dice que en 1917 escudriñaba Franco los informes franceses de la Guerra Europea «deduciendo lecciones basadas en la *logística de los duelos artilleros*» (?) y añade que habiendo sido un táctico, desde entonces empezaba a pensar en términos estratégicos. Dejemos al biógrafo australiano la responsabilidad de su extraña afirmación para quedarnos con la idea de que Franco se interesaba por la evolución de la guerra día a día, aunque la ignorancia de Crozier en arte militar esté a la altura de la de Coles en lo humanístico. En ambos casos hay un amplio afán cultural de Franco, que dará fruto luego en sus comentarios a la segunda guerra mundial, y es extraño que no escribiese nada sobre Napoleón. En el *Diario de una Bandera* (1922) no he encontrado más citas de escritores que la de Pedro Antonio de Alarcón.

Formalizadas ya sus relaciones, en 1920, leería los libros del abuelo de Carmen, su esposa, catedrático de literatura en el instituto de Oviedo, autor de obras muy selectas y minoritarias, en la órbita del erudito historiador Rafael Altamira y de Leopoldo Alas, «Clarín», novelista y articulista de garra en temas de costumbres y sociales. No hay que olvidar que la madrileña tertulia de don Natalio Rivas, que el matrimonio Franco frecuentaba en 1926, era también eminentemente literaria.

Su primer artículo, escrito a los veintisiete años (1920), y más aún los siguientes, acreditan en Franco ese interés por la política del que el doctor Marañón tuvo pruebas cuando en 1926 le pidió desde Marruecos libros de fondo político. En otro aspecto, de política concreta y aplicada, veremos cómo se mantenía al corriente su información sobre la táctica del comunismo y sus actividades, gracias a las amplias y documentadas noticias del boletín de la E. I. A., lo cual, como casi todas sus lecturas, le suscitó la publicación de artículos suficientes para llenar un libro, pues apenas había lectura importante de Franco que no le hiciese anotar comentarios.

Su discurso de despedida al cerrarse la Academia General Militar, que aquí llamo «discurso de la disciplina», es una pieza magistral en literatura militar. También tiene párrafos muy inteligentes su carta a *ABC* el 18 de abril de 1931 desmintiendo su nombramiento como Alto Comisario en Marruecos —al cesar de director de la Academia— de la que entonces, como dice La Cierva, se valoraron más sus expresiones de lealtad al Rey que las de obediencia a las autoridades republicanas, como se sobrestimó su disposición a ser defensor de Berenguer en el consejo de guerra.

Luego he oído hablar de coloquios literarios parisinos de Franco y Azorín durante la Dictadura, y, aunque no sé de las lecturas del Caudillo, parece indudable su gusto por la parquedad del nuevo estilo, tendencias o influencias captadas por Franco con su habitual rapidez y su gran sensibilidad. Se dice que leía a Valle Inclán con especial interés por su prosa como por la de todos los noventayochistas. También se me ha recordado la compañía de Fernández Florez en algún viaje de Franco, lo cual pudiera confirmar su afición literaria si no fuese notoria incluso al citarle con elogio en un artículo de 1945. Al fijar su residencia en Salamanca, a primeros de octubre de 1936, sus relaciones con Unamuno fueron relativamente frecuentes y de manifiesta simpatía hacia el escritor.

Franco leía mucho, pero siempre cosas concretas, acuciado por la necesidad de informarse para lo inmediato, en otro caso por recomendación de quienes le aconsejaban una lectura determinada y útil. Le interesaba el tema de la masonería en su relación con la Iglesia. Inspiró a Mauricio Carlavilla su obra *Yalta* en dos tomos, le indicó el esquema y sumario y le proporcionó valiosísima información para él, como una carta de Roosevelt a Zabroski, judío americano, pidiéndole que influyere con Stalin para celebrar una entrevista, demostrando su idea de gobernar el mundo por la combinación de un triunvirato de «grandes» y un ejército internacional. Sólo conocían la carta Franco y los almirantes Carrero Blanco y Fontán. Sorprendido este último al verla publicada en *El Faro de Vigo*, preguntaron al director su origen y la respuesta fue que del libro *Yalta*. Era en 1943, dos años antes de la conferencia que hizo famosa esta ciudad.

Incluso en sus últimos meses, Franco era hombre de diez o doce horas de trabajo, varias de las cuales dedicaba a la lectura, últimamente, en su dormitorio, con una lámpara portátil, leía biografías.

memorias y revistas, y en verano, en el Pazo de Meirás, le gustaba leer los periódicos gallegos que caían en sus manos. Por la tarde, a veces, dictaba sus discursos a su taquígrafo y jefe de prensa, Manuel Lozano Sevilla, uno de los hombres que guardaban secretos importantes del Caudillo. Alguien muy docto y allegado a él durante largos años, pudo resumir que «leía mucho, muy selecto y muy bien asimilado».

El Diario de una Bandera

Franco tiene innata vocación literaria, en su más amplio sentido, porque si inicialmente cultivó la crónica de guerra, casi a la vez aparecieron sus artículos de política militar y aun los puramente periodísticos.

Desde sus primeros años marroquíes escribió sobre temas castrenses y africanos. Su primer artículo: *Al mérito en campaña* (mayo de 1920) abordaba el tema, vidrioso entonces, del africanismo militar, las Juntas de Defensa y los ascensos por méritos de guerra, con ponderación y realismo. Iba destinado a la revista profesional «Memorial de Infantería» y, prohibido por la censura, permaneció inédito hasta que dos años después lo incluyó en *Marruecos, Diario de una Bandera* (1922), obra que firmó como «comandante Franco», prologada por Millán Astray, y que ha sido reeditada dos veces (1938 y 1956). En esta última, el prólogo de Manuel Aznar constituye un buen estudio crítico de la obra, pieza fundamental de la literatura de Franco. En ella, junto a la descripción viva de las operaciones militares de 1921, aborda temas de política marroquí, social y militar, y anota previsiones sobre empleo de ametralladoras y carros en Africa, confirmadas como eficaces muchos años después.

Fundador de una revista

Fundador de la «Revista de Tropas Coloniales» con los comandantes Martín de la Escalera, José Valdés y otros compañeros (enero de 1924), la revista constituyó una tribuna frente a la rutina en el Ejército. Franco publicó en ella una especie de cartas abiertas imprescindibles para conocer su pensamiento y su psicología, sobre todo la titulada *Pasividad e inacción* (abril de 1924), contra la política de abandonismo. Los dos artículos de Franco abarcaban muy distintos géneros, desde el puramente militar hasta el geográfico y costumbrista. De 1925 a 1933 fue coronel director de la revista, y entre septiembre y diciembre del primer año publicó allí su *Diario de Alhucemas*, modelo de precisión, ambiente, sentimiento y agilidad periodística, pese al manifiesto apresuramiento de su redacción, obra casi desconocida hasta ahora, pero que constituye un documento testimonial del héroe cronista, pieza insustituible para conocer el clima de

la fase resolutive de las campañas de Marruecos. Entre sus artículos literarios marroquíes destaca como uno de los más bellos *Xauen, la triste* (julio de 1926), subtítulo también como parte del «Diario del general Franco», lo que hace pensar en la posible existencia de un completo diario marroquí.

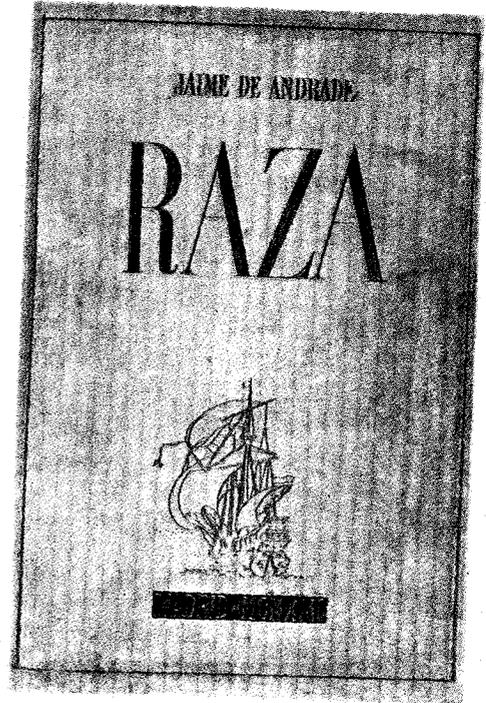
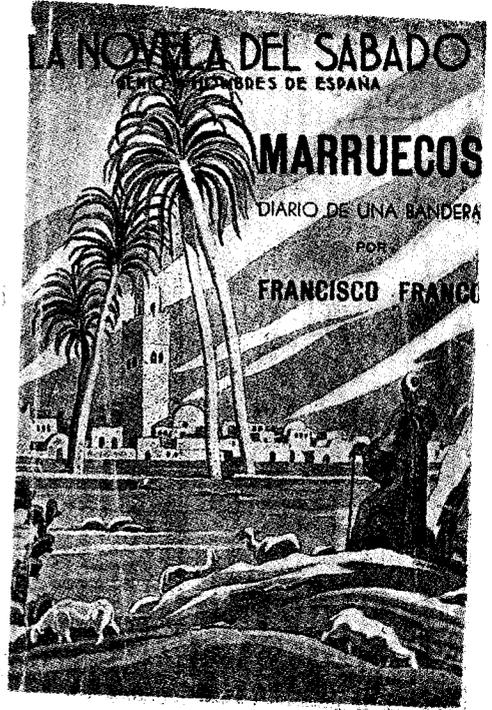
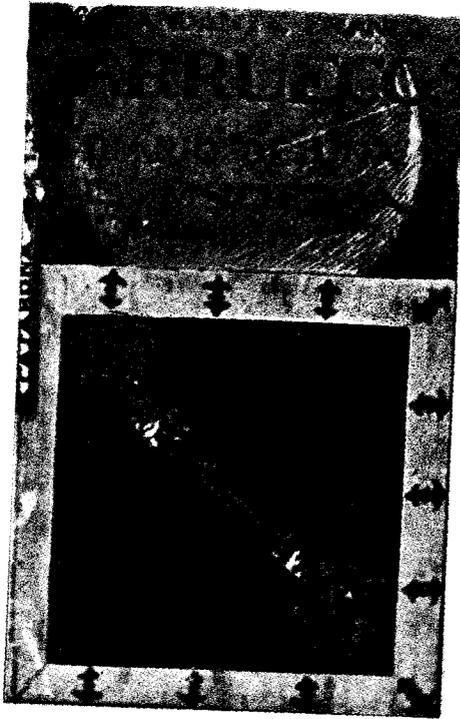
Se empareja con él, en cuanto al tema de política militar africana, *Tánger* (febrero 1925) y entre los veintinueve artículos que publicó hasta 1933 destacan, en enero de 1926, *El principio del fin y Paz y desarme*, y en junio, *Operaciones conjuntas con el Ejército francés*. En enero de 1927, la revista adoptaba el nuevo nombre de «Africa», y en febrero de 1933 aparecía en ella el último artículo de Franco bajo el título de *Rund... Balek*, donde advierte al gobierno de la República sobre lo impolítico que es mantener descontenta a la oficialidad del Ejército, y supone un aldabonazo sobre la conciencia nacional. Sobre todo, fueron famosas sus tres «Cartas al Rey».

Critico de técnica militar

Hasta aquí todo está contenido en los límites del periodismo y la gran crónica. Pero Franco es también escritor de técnica militar. Quizá sus primeras publicaciones, rigurosamente hablando, fuesen aquellas *Cartillas de instrucción* del Tercio, hoy piezas exhibidas en el Museo de la Legión, en Ceuta. Sus obras en este campo son los *Comentarios al Reglamento de grandes unidades* (1938), que constituye una revisión del antiguo texto, para aplicarlo a las modalidades de la campaña de Liberación española, entonces en su fase más aguda. Para la misma finalidad publicó *ABC de la Batalla Defensiva*, con su origen en anteriores esquemas mecanográficos, restringidos a los mandos de la guerra (1937 y 1938), que inspiraron el *A B C*, ampliado y actualizado (1944) con las enseñanzas de la guerra de España y la segunda guerra mundial, en curso. Allí hace crítica muy acertada de errores de planteamientos defensivos de ambos beligerantes al principio de las hostilidades. Ya su primera redacción establecía la novedad de las organizaciones defensivas discontinuas, como una inscripción o enterramiento del despliegue ofensivo, adaptado a las condiciones del terreno, rigurosa novedad, copiada luego en las campañas de Europa.

Con pseudónimos

En cuanto a temas políticos, Franco escribió un artículo —con recuerdo de Sir John Moore— en honor de la visita a España de lady Chamberlain que, en diciembre de 1938, merendó con los Franco en la intimidad familiar del Pazo de Meirás. El Caudillo propuso a Víctor Ruiz Albéniz, cronista de su cuartel general, que escribiese un artículo resaltando las virtudes de la ilustre dama. Pensó «El Tebib Arrumi» que la censura no permitiría tal elogio de relaciones hispano-



Facsímiles de las tres ediciones del *Diario de una Bandera* (Pueyo, Madrid, 1922. La novela del Sábado, Sevilla, enero de 1939 y Aguado, Madrid, 1956) y de la segunda edición de *Raza* (Delegación Nacional de Propaganda, Madrid 18 de julio de 1942).

británicas, por lo cual Franco dictó personalmente el artículo a su taquígrafo y lo firmó «El Tebib». Era ya enero de 1939. La censura de Salamanca lo prohibió ingenuamente y fue preferible dejarlo inédito a revelar el interés del Caudillo en publicarlo.

Suyos fueron, entre muchos artículos sin firma, una serie de editoriales del diario «Arriba» a lo largo de los años cuarenta, otros bajo los pseudónimos de *F.*, *Mackaulay* o *Hispanicus* y los dedicados a la masonería con la pseudo-firma de *Hakim Boor*, que en 1952 se recopilaron en un libro: *Masonería*, en el que el pseudónimo cambió en *J. su H.* inicial para ser fonéticamente Jakin Boor. Por entonces ya se había desvelado un tanto su pseudónimo y al saberlo el Caudillo, concedió al imaginario personaje una audiencia que difundió la prensa, y aún llegó a decirse que, más tarde, se publicó su eskuela de defunción, pero que cuando le acució la necesidad de publicar otro artículo sobre el tema recurrió de nuevo al mismo nombre, añadiéndole las iniciales inglesas correspondientes a un hijo: *Jakin Boor, Jr.*

Pero de esta especialización de Franco en el tema de la masonería hay datos fehacientes. Nos revela Brián Crozier que su experiencia de 1917 en la huelga revolucionaria asturiana le había alertado ya sobre el peligro comunista, por lo que en 1928 empezó a estudiar sistemáticamente el tema, suscribiéndose a una revista suiza editada en Ginebra, la E. I. A. (*Entente Internationale Anti-Comuniste*), cuyo presidente, Aubert, fue después consejero de su país. Franco, suscriptor durante muchos años, encontró en la revista documentación tan abundante sobre el Komintern que le permitió conocer, como pocos, las tácticas comunistas en España durante la República, según las cuales se fomentaban las huelgas y la violencia para provocar medidas represivas, dando lugar a que los diputados socialistas pidiesen al congreso la disolución de la guardia civil y extremosas reducciones militares. Franco siguió recibiendo el Boletín en todos sus destinos hasta el 18 de julio del 36, consiguiendo que se suscribiesen otros oficiales, los cuales, gracias a él, estuvieron dispuestos a enfrentarse al comunismo en el Alzamiento. Su colección del Boletín de la E. I. A. se perdió al incautarse los rojos de su casa de Madrid en 1936.

Se ha dicho, sin confirmarse, que fueron suyos once artículos de prensa y radio firmados por *Juan de la Cosa*, que luego se incorporaron como primeros capítulos de *España en el Mundo*, libro escrito bajo igual pseudónimo por el almirante Carrero Blanco.

Guionista de cine

Como obra de pura creación tiene *Raza*, presentada como novela por Ediciones Numancia (1942), pero bajo el subtítulo aclaratorio que lo contradice: «Anecdotario para el guió de una película». La película se estrenó en 1942, dirigida por Sáenz de Heredia, y, según la autoridad crítica de Martialay, fue el film bélico más logrado y ambicioso de la posguerra. El guió iba firmado por *Jaime de Andrade*, con el

tercer apellido de Franco, muy querido de él, de cuyo blasón tomó los elementos de su escudo cabdal.

El guión literario de Franco es esencialmente patriótico, bajo la tesis del deber y el honor, con el tema de una familia representativa de la tradicional dignidad y sacrificio de los españoles cuando la Patria lo requiere, trata de hacer ver los verdaderos ideales del Alzamiento Nacional. Su argumento tiene emoción bien dosificada y sostenida y su trama resulta experta, con buena técnica, ritmo, realismo y verosimilitud en la variedad de situaciones y sentimientos que pedía el cine de entonces.

Historiador

De tema histórico son sus diarios de Melilla y Alhucemas y aún su obra más estricta de creación, *Raza*, con amplio fondo de materia histórica rigurosa. Pero también hay ensayo histórico en muchos artículos y aún en sus obras puramente técnicas, como los *Comentarios* y el *A B C*. Sobre cierto resumen de Historia de España redactado por Franco, no hay más datos que una inconcreta nota de Hills.

Su último trabajo conocido es un amplio estudio histórico-militar: *La batalla de San Quintín*, que constituye la introducción de los dos tomos de la lujosa obra *El Escorial* (1964), publicado simultáneamente en la revista del Patrimonio Artístico Nacional (julio de 1964), y que lo reprodujo después la «Revista de Historia Militar», número 22 (1967). En él, tras el análisis crítico de la batalla en sus aspectos orgánico y táctico, estratégico y político, hace un bello inciso de teología militar a propósito del gesto de humildad que, ante su derrota, tiene el almirante francés, y que constituye una profesión de providencialismo tras la frase inicial: «Existe, sí, el Dios de las batallas».

Los prólogos

Capítulo especial lo constituyen sus prólogos. El primero de todos, que firmó en Tenerife (abril de 1936), escrito para la *Geografía Militar de España*, de Díaz de Villegas, fue prohibido por la censura republicana, y el autor no quiso publicar sin él su libro. Editado en 1936, pudo apreciarse que tal prólogo contenía atisbos extraordinarios de la guerra que se avecinaba y precisiones geográfico-tácticas de gran clarividencia, confirmadas en el transcurso de la guerra, entre ellas una censura al descuido militar de ciencia tan indispensable y al peligro de que estallase en conflicto armado la lucha sorda de partidos, en los que actuaban casi sin recato las milicias marxistas armadas.

El siguiente prólogo, uno de los más literarios, estaba dedicado al libro *Guerra en el aire*, de García Morato (1940). En lírica elegía canta a los modernos caballeros del aire y cultiva la metáfora de los

quijotes voladores en continua equivalencia con el torneo caballeresco, del que los aviadores de asalto constituyen el último vestigio, con respeto y homenaje personal al enemigo caído en buena lid. El prólogo a las *Obras Completas de Víctor Pradera* (1945) fue escrito, a instancias de la viuda de éste, con cariñosa admiración al mártir de la Cruzada, lamentando su falta en la hora en que tan necesaria era su clarividencia política y, sobre todo, su afán de unificación, y recordando sus frases sobre la unidad del pensamiento básico de la Tradición y la Falange, en párrafos que Franco glosa y comenta.

Del epistolario íntimo al diplomático

En el momento más intenso de su noviazgo con Carmen Polo, dispuesto ya a casarse, Franco recibe la llamada de la Legión que nace y para la que ha sido aceptado como lugarteniente. El testimonio de la esposa es fehaciente cuando en 1922 responde a la pregunta del barón de Mora: «Me escribía a diario, aunque, claro, a veces recibía sus cartas de cuatro en cuatro». Valioso epistolario amoroso del Caudillo, del que Brián Crozier, su biógrafo, debió tener noticias muy directas si es que no las vio, para poder afirmar: «En su estilo lacónico, casi telegráfico, incrustaba selectas frases de cariño entre la concisa descripción de los combates». No sabemos la procedencia de esa información, pero el epistolario debió ser copioso, a carta diaria desde el 10 de octubre de 1920 que se incorporó a la Legión hasta el 27 de diciembre de 1922 en que causó baja en ella por primera vez: veintiséis meses y medio de correspondencia amorosa. En las escasas referencias hay indicios para suponer que la Señora de Meirás conserva aún aquellas cartas, preciados documentos para un aspecto inédito aún de la psicología de Franco, mucho más sensible y sentimental de lo que se ha pretendido, pese a la pretendida frialdad de esa misma correspondencia, según el único biógrafo que da noticia de ella.

El epistolario de Franco está por estudiar. Se hizo famosa su carta a Casares Quiroga en junio de 1936, vísperas del Alzamiento, llena de firmeza, diplomacia, protestas, matices y sobreentendidos; la breve carta al director de A B C en 1936, desmintiendo su nombramiento como Alto Comisario en Marruecos, que no aceptaría del gobierno republicano; su variada correspondencia con Mola en los primeros meses del Alzamiento, que le revelan como psicólogo frente a su desánimo, cuando todo fracasaba en la península y la sublevación estaba derrotada si no llegaban las fuerzas de Africa; animándole incluso con términos castizos, impropios en él, como aquel de «¡Somos los amos!»). Su correspondencia con Hitler, después de la entrevista de Hendaya, cuando el Führer, cansado de reticencias, decía en su carta: «Alemania pide una vez más del general Franco una respuesta clara...»; continuaba en términos indignados y la llevaba en mano Sthorer, con la orden de exigir la respuesta inmediata, en

mano también a él. Franco le despidió amablemente, diciéndole que agradeciese la carta a Hitler, que estaba de acuerdo en muchas cosas, en otras debía haber errores de traducción, y que contestaría después de regresar de Italia, donde iba a entrevistarse con Mussolini. El 26 de febrero escribía al Führer: «Querido Hitler: Su carta del 6 de febrero hace que le responda inmediatamente...» y una vez más daba largas y exigencias a la solicitada participación de España en la Guerra Mundial. El interesante epistolario de Franco, en aspectos tan variados, desde el íntimo hasta el diplomático, está aún por estudiar y, sin él, su conocimiento psicológico y en consecuencia su biografía, resultan incompletos.

Las Memorias

Su vocación de escritor, su sentido cronístico, su memoria fotográfica hacían pensar en la posibilidad de que algún día publicase sus Memorias, como se había rumoreado, que serían pieza inapreciable para el conocimiento de la Historia que hemos vivido cerca de él y la del mundo dramático en que España ha tenido que mantener su verdad.

Siete fechas después de la muerte de Franco se confirma la noticia de haber dejado escritas y al día sus memorias, redactadas en forma de diarios, de las que había dado algunas referencias a un editor español. Después de su muerte las recogió su viuda, Señora de Meirás. Las había ido escribiendo día a día, a raíz de su primera enfermedad. En julio de 1974 empezó a dictarlas, lo cual le servía para la vocalización que le habían aconsejado los médicos. En ellas sólo trata a la ligera la época de su infancia. No quiso publicarlas en vida por las desfavorables referencias que hacía de algunas personas. Se cree que las estuvo terminando durante el último verano en el Pazo de Meirás que en septiembre las tenía en limpio, prácticamente al día, y que Emilio Romero las revisa y ajusta para la edición a la que, al parecer, pondrá su prólogo.

Esta noticia de presentar las Memorias en forma de diario, confirma mi antigua intuición de que durante toda su vida tomase notas autobiográficas y hace pensar que a tales Memorias se incorporen los diarios de Melilla y Alhucemas, ya conocidos, así como el «Diario del General Franco», del que sólo apareció el artículo titulado «Xauen la triste» revelando su existencia.

El Testamento

Su última obra literaria, el Testamento, corona una vida de idealismo religioso y patriótico —por algo se le ha llamado testamento espiritual— pero tiene a la vez un gran valor doctrinal y pragmático. Escrito con pulso tembloroso por primera vez desde el 1.º de abril y, por última vez cara a la muerte, hay en él plenas calidades clásicas, antes sólo logradas en atisbos líricos de sus diarios, en frases de

«Xauen la triste» o del prólogo a García Morato, en modernas perfecciones del discurso de la disciplina, quizá más que en ninguno, en el dirigido a la guarnición de Sevilla en abril del 56 lleno de conceptos espirituales y con un canto a la Infantería, o en el del 12 de diciembre a los españoles: «Nunca me movió la ambición de mando», como, en sus pocas palabras, fue lapidario el parte de la paz.

El Testamento de Franco tiene la belleza, sobria y sencilla, de las piezas literarias militares del siglo de oro: elevado y profundo al mismo tiempo, sincero y, por ello, persuasivo, como del apóstol de la verdad que la deseó siempre y luchó por implantarla y divulgarla. Los escalones previos de su mejor literatura no alcanzaron nunca la lúcida y fluida inspiración del Testamento, que constituye una obra bien hecha, completa y rematada.

Sería mezquino juzgarlo sólo por la belleza de su forma, porque no es forma sólo la literatura y aquí hay reflexión y sentimiento, espiritualidad, ética y patriotismo en acción, cara al futuro, ejemplo y exigencia de quien puede enseñar y pedir. La sintaxis clásica, muy parca y depurada, convence, emociona y mueve, óptimas condiciones de la literatura, en la cual, la belleza romántica de su arquitectura, es su vehículo, su atuendo indispensable.

El estilo de Franco

Se compromete demasiado Crozier, biógrafo de Franco, al decir que «en lo que se puede averiguar, nunca ha escrito nada original o de intrínseco valor duradero», porque si eso es cierto en cuanto a los valores literarios universales, no lo es menos que, el *Diario de una bandera*, por ejemplo, será siempre una pieza básica para conocer testimonialmente y aún en lo literario, aquella época militar africana. Lo mismo puede decirse, en cuanto a sus obras de técnica militar, entre las que ya es clásico su discurso de la disciplina.

No se ha hecho, que yo sepa, un análisis literario ni una crítica de conjunto de las obras de Franco; tan sólo he encontrado el de Cillán Apalategui sobre su léxico en las cortes españolas y una muy breve, aunque general, de Rogelio Baón, valiosa por ser única, al decir que hay en él instinto de escritor realista que no abusa del adjetivo. «Su estilo no es depurado, pero si tiene tiempo, corrige con agudeza. No se ha sacudido el poso gallego, aún dice *afeto*, por *afeto* y tiene imágenes y saudades gallegas». Es poco, pero sirve para comparar con los datos estadísticos de lenguaje que aporta Cillán, a medias entre lo psicológico y la estilístico, que si bien se contrae a literatura oratoria política, no deja de alcanzar interés general incluso cuando nos dice que tiene «temperamento innato de jefe, con fuerza, serenidad y falta de pasión, muy características»; en aplicación más concreta a lo literario, encuentra «inteligencia sintetizadora». Sus palabras son: realidad, voluntad, trabajo, servicio, unidad, autoridad, fe, continuidad y convivencia, predominando en ellas la función representativa o

conceptual, con ausencia casi absoluta de su papel expresivo, así como de imágenes», de no ser las que Cillán llama *amarillentas*, sin ningún brillo, como *cauce*, la más usada. Y como gramático concluye que en los escritos de Franco hay sintaxis y construcción oracional.

Una de las observaciones más curiosas es la de no emplear apenas los relativos, pocos, casi ningún interrogante y escasísimos superlativos, salvo *firmísimo*, *máxima*, *óptima*, *relevantísima*, *supremo*... Lo que supone para el analista «típica parquedad de una psicología no propensa a los arrebatos anímicos, que se mueve más bien en la reflexión y ordenada exposición de hechos». Tan sugestivo análisis, contraído a algo tan concreto como los discursos políticos, está incitando a ampliarlo a la totalidad de las obras literarias de Franco.

A lo largo del estudio de textos, indispensable para redactar este ensayo, he podido observar, dentro de la común sobriedad literaria de Franco, una esencial diferencia entre sus escritos técnicos y políticos y los de creación —incluidas las alocuciones espontáneas— menos concisos, con algunas adjetivaciones admirativas o sentimentales y cierta ligereza expresiva al correr de la pluma. En casi todos se advierte una sintaxis muy personal, poco preocupada de las reglas de puntuación, con uso propio e irregular de la coma, el punto y coma y el punto. Sin abusar de las comas, las coloca a veces donde el contexto pide punto y aparte o punto y seguido, o al menos, punto y coma, raras veces —aunque algunas— al revés; sin duda para dar mayor fluidez y continuidad al conjunto de su pensamiento, encadenando frases que le interesa fundir, convergentes a su idea básica, aunque tengan sentido cerrado y diferencial en sí mismas. Con ello abrevia las pausas o las suprime, como a veces hacía en la conversación —por galleguismo—, cuando no le interesaba interrumpir su monólogo, ni dejar entrada al interlocutor en ciertos puntos. Otras veces omite comas claramente necesarias, o sustituye con ellas un inevitable punto y coma, buscando mayor ilación y concentración de la idea. Por decisión espontánea y consciente, viola, pues, las reglas sintácticas, eludiendo las largas pausas del punto y aparte, o bien omitiendo comas, gramaticalmente obligadas.

En este ligero recorrido por los escritos de Franco se observa ya su múltiple afición y su polifacética aptitud, de las que deriva el cultivo de una gran variedad de estilos, muy útil a quien siendo escritor de vocación tenía que practicar profesionalmente la literatura militar, la política y la diplomática, como Generalísimo y Jefe de Estado. Aún en una rápida ojeada su obra muestra los géneros y estilos más variados, desde el de populares alocuciones a legionarios y obreros, incrustando parábolas y anécdotas, hasta severas y académicas reflexiones morales a cadetes y generales, riguroso dominio del léxico técnico militar en sus textos doctrinales, elegíacos párrafos marroquíes, dinámica de diálogo dramático y aún rosado

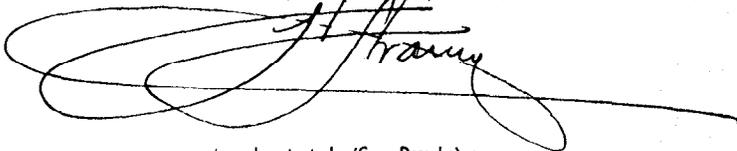
Muy Sr. mío:

Ruego a usted se acepte mi solicitud de ingreso en esa Sociedad, participándole que, a tal efecto, acato las normas por que se rigen las distintas modalidades del derecho de autor administrados por la entidad, así como las disposiciones que en el futuro acuerde su Consejo de Administración, y confiero a la misma los poderes necesarios para que administre los derechos de mis obras en cualquiera de sus aspectos (Gran Derecho o Derechos de Representación; Ejecución, Variedades, y Reproducción mecánica; música y texto de las películas o derechos de proyección o presentación cinematográfica en los locales; derechos de edición; publicación en prensa, radio y televisión, derechos de traducción, adaptación, etc., etc.) y ostente con carácter de exclusiva, mi representación legal y administrativa en todos los países y en todos los casos.

MI FILIACION ES LA SIGUIENTE:

Apellidos FRANCO BAHANONDE
Nombre FRANCISCO
Seudónimo "Jaime de Andrade"
Nacionalidad española
Fecha y lugar de nacimiento 4-12-1.892 El Ferrol
Estado civil casado
(1) Escritor de
(2) Compositor de
(3) Autor de libros
Domicilio Palacio Nacional de El Pardo (Madrid)
En El Pardo, a 26 de Febrero de 1964

(Firma)



- (1) Hágase constar si es autor de {
- obras teatrales (Gran Derecho), o
- letras de números de variedades o de baile (Pequeño Derecho).
(2) Hágase constar si es compositor de {
- obras teatrales (Gran Derecho), o
- números de variedades o de baile (Pequeño Derecho).
- novelas (cuentos, narraciones).
- poemas.
(3) Hágase constar si es autor de {
- ensayos.
- obras científicas o pedagógicas.
- investigación o erudición

Si es guionista cinematográfico, consígnese el título de la primera película estrenada.

MUY IMPORTANTE: Esta solicitud deberá ser fiel y exactamente cumplimentada. La omisión o inexactitud de un solo dato será motivo de su anulación, inmediata o posteriormente, quedando sin efecto la adhesión si se hubiera tramitado ya.

(Véase al dorso)

El 26 de febrero de 1964 solicitaba Franco ingresar en la Sociedad de Autores como autor de «libros» bajo el pseudónimo de «Jaime de Andrade».

en su guión de cine, penetración de investigador político en estudios sobre sectas masónicas, páginas contundentes y pulidas en la Academia y en la gestación del Alzamiento, severa meditación del pasado y el futuro y párrafos muy familiares, personales y aún íntimos, en sus diarios y en alguna alocución navideña de los últimos años.

Franco era polifacético, como corresponde a un escritor vocacional. No puede hablarse de su estilo a secas, porque su estilo era múltiple y muy variado, por una especial facultad de *entropía* psicológica, que le hacía sintonizar con el lector u oyente hasta el punto de hablar su mismo lenguaje, o el que requería su especial idiosincrasia. Le ayudaba a ello la posibilidad de ser el hombre mejor informado y asesorado de España.

La exigencia abrumadora de su cargo hacía que le elaborasen muchos de sus largos discursos —Carrero Blanco gozó de su confianza en esto desde pronto—, pero siempre con su guión personal y sus correcciones finales, pero es mucho más de lo que se cree lo dictado por sí mismo al taquígrafo. Es una ligereza para quien no esté especializado en los textos de Franco, decir que alguno de ellos no corresponde a su estilo. Franco tenía un estilo para cada género.

Escritor profesional

Quedan por reseñar escritos desconocidos de Francisco Franco, cuidadosamente silenciadas, y otros tan públicos, oficiales y políticos que, llevando en muchos párrafos su inconfundible estilo, no creemos que deban considerarse como obra pura del escritor, sino textos políticos del hombre de Estado, entre los cuales omitimos, quizá indebidamente, muchas piezas de la primera etapa del Alzamiento Nacional, de indudable personalidad, pero que forman cuerpo con su doctrina política.

Francisco Franco, aparte de su personalidad política y militar, tiene un puesto entre los escritores fundamentales del siglo xx. Sus obras abarcan una variada gama, desde el periodismo y la historia hasta la técnica castrense y la literatura tan de pura creación como es un guión de cine. En cualquiera de ellas se manifiesta un correcto estilo y una buena técnica literaria, muy personales; una gran capacidad de composición y una sensibilidad poética, con finas dotes críticas. Pero, sobre todo, sus escritos son documento indispensable de un protagonista de la historia de su siglo.

Hasta ahora, sólo la Asociación de la Prensa y el periodismo españoles han hecho honor a este escritor que es Francisco Franco. El 1 de abril de 1942 su nombre encabezaba el registro de periodistas de honor, y el 24 de febrero de 1965 se le entregaba el carnet número uno de periodistas profesionales, entonces agrupados como entidad propia. Pero Franco, sin dejar de ser periodista de honor, es algo

más que eso: es escritor representativo en lo militar y en lo civil.

Ingresó en la Sociedad General de Autores el 26 de febrero de 1964 y le tomó la ficha Rafael García Serrano, entonces consejero de la Sección de Publicaciones, quien lo refiere así: «Por aquellos días se decía que Franco andaba mal de salud. Firmó su ficha en pie, sobre una carpeta que yo tenía sobre mis manos. Cualquiera puede ver que aquella forma revela buen pulso, firmeza física y seguridad espiritual. Destinaba sus beneficios al Colegio de Huérfanos y se había registrado con el pseudónimo de Jaime de Andrade.

Franco firmó por no desatender a la comisión que le visitaba, pero aquel mismo día había firmado otro ejemplar que recibió y devolvió por correo. Reunidas sin precaución al día siguiente las dos solicitudes, la identidad de rasgos y firmeza de pulso, pese a la desigual comodidad con que escribió, hizo que siga sin saberse cuál de ellas corresponde al ejemplar firmado en la audiencia a la Sociedad de Autores.